

Y bufaba, gemía, lloraba torrencial, desatadamente. Y lo más conmovedor de aquella fermentación de odio y de pena era que lágrimas, injurias y rugidos todo era amor; amor de instinto, amor de presa, voraz y devastador, pero grande, imponente, sagrado, como amor de madre y de esposa, porque la desdichada no había dejado de amar á don Juan.

Acaso le amaba más que nunca; quizás por extremo esfuerzo de pasión desesperada y hambrienta, aguardaba confusa, instintivamente, que el dolor inmenso, mutuo, conyugal, ante la pérdida de Lita, ante la agonía de Dora, los arrojase impulsiva, irresistiblemente, al uno en brazos del otro. Pero de esto no quería ella que se enterase su propia conciencia; quizás no lo veía, aunque estaba en el fondo de todas sus emociones, ó negábase á verlo con ese temor supersticioso con que nos negamos á las esperanzas por miedo de ahuyentarlas con el deseo. ¡Esperar en aquel hombre! ¿Estaba ella loca? ¿Qué le importaba á don Juan su mujer, sus hijas, su casa, si era la misma ingratitud, más duro que los bronces!

—¡Ay, si viene..., si viene, lo desuello, me lo como! ¿Y si no viene? Si antes que venga... ¡No, no; que no pase eso, porque entonces me bebo su sangre!—juró el atavismo de la raza por los labios de la chula...

Giró el llavín premiosamente en la cerradura, rechinó la puerta, sonaron en la antesala pasos muy conocidos, y la que pensó beberse la sangre

del que llegaba, sintió la suya agolpársele al corazón; levantóse; sus piernas se doblaban; arrastróse hasta el pasillo, y saliendo al encuentro de don Juan, sollozó ya sobre el pecho de él:

—¡Ven acá, hombre; tu hija, nuestra hija se nos muere!

Y un abrazo impulsivo, desesperado, fundió los dos cuerpos.

VIII

¿Cuánto duró aquella trágica pesadilla?... Los días, las noches, los crepúsculos, los alivios ilusorios, la creciente agravación del mal, la desesperante carencia de recursos, los bárbaros apremios, la desalmada miseria, todo se fundía en un caótico amasijo de dolor, tortura, rebeldía, sobresalto y congoja extrema...

Y un día, cuando todo habíase agotado en la casa de don Juan, hasta las lágrimas, Dora, extinguida también en sufrimientos, descendió más hondo en aquellas negras profundidades en que su almita caía, y en ellas se apagó como una luz: ¡durmióse en la muerte!

Consumada la desventura, Lita fugada, muerta Dora; vendido, empeñado, embargado todo; lanzados judicialmente de la casa; sin dinero, sin

ropas, sin salud, sin vida, sin alma, Concha y don Juan aceptaron el único asilo que se les abría: era allá en los barrios bajos, cerca de la Paloma, un guardillón misérrimo, á teja vana, la mitad del cual cediales generosamente una prima de Concha, planchadora de oficio; aquello era, más que vivienda, una guarida. ¿Qué les importaba? Con la misma glacial indiferencia hubiesen aceptado hospitalidad en el hueco de un sepulcro; y á fe que más estaban para enterrados que para albergados entre vivos.

Allí supieron que Lita, abandonada ya por Larva, rodaba desde la culpa á la prostitución. Pero Concha, exhausta de toda energia, había caído en inanición extrema. Don Juan, no avezado al dolor ni á las privaciones, hundióse en indiferencia y atonía invencibles. La pobre planchadora había de arbitrar recursos para mantener á sus dos huéspedes macabros, que parecían dos náufragos de la vida.

Don Juan, como todos los egoístas y voluptuosos, era inútil para toda actividad práctica, refractario al dolor, hostil al trabajo, que desde su altivez caballeresca parecía la última deshonra; incapaz de resignación, tan opuesta á sus audaces rebeldías; incompatible con la abyecta miseria y con la postulación degradante, ¿qué le quedaba? Tumbado en el mísero camastro, ó encogido en una derrengada silluca, clavados los ojos en los rotos ladrillos ó en el techo giboso y aplastante del guardillón, pasábase los días absorto, como hipnotizado. En la vaguedad penum-

brosa de su debilitado cerebro buscaba tenazmente algo, un recurso que le aliviase de vivir, de recordar, de padecer.

Un día, leyendo automáticamente un periódico, posó los ojos sobre el folletín: su semblante cadavérico resplandeció; el capítulo folletinesco titulábase *El paraíso de un morfínmano*. ¡La morfina! ¿Cómo no lo pensó él antes?

Desde entonces entregóse con intemperancia suicida al vicio de los ególatras y durmientes del espíritu. El gozador decrepito halló su anhelado refugio, sensorial, voluptuoso, en el novelesco *hatchis* sugeridor de *euforia* morbosa, de artificiales delicias, en el pérfido alcaloide que diluye en la sangre el jugo maldito de todas las flores del mal.

Primero era una somnolencia embotadora, una desmayada laxitud muscular, que invadía el cuerpo de progresiva quietud y abandono; una muerte blanda que abolía el sentir, el padecer, el mecanismo doloroso del vivir, y velaba en áureas gasas flotantes las feas realidades cuyos contornos vagamente se perdían esfumándose en grises de humo y de plata penetrados de luces irreales, rosáceas, albuminosas, celestes. Y en aquella marea neblinosa, la fantasía en fuga, en huelga del funcionalismo fisiológico, la sensualidad desuncida de la opresora malla de nervios, nadaban en deleites ignotos, sumíanse en embriagueces voluptuosas... Parecíale á don Juan haber descubierto un mundo nuevo de la sensación, al cual se trasladaba á voluntad. Y la mo-

ral insania, el morbosos deliquio, la dicha demoníaca de la morfina, apoderábase del gozador como un mal espíritu, y ávidamente le devoraba, sorbía la salud, la razón, el alma...

¿Quién dijo que era guardillón infecto el palacio de hadas, la Alhambra de ensueños en que se durmió don Juan entre aromas, caricias, músicas irreales y no probados deleites enervadores?...

IX

En los intervalos de sus borracheras mortales, arrastrado por la brutal exigencia del vicio, don Juan salía en busca de dinero con que renovar su provisión de morfina, sus crecientes dosis de veneno, sus «billetes de paraíso» los llamaba él; y por aquellos pasaportes para la locura y el suicidio hubiese dado el alma y llegaba á lo increíble, á la postulación vergonzante, al *sablazo* vergonzoso.

En aquellas excursiones de loco ó de borracho, en que cosas y personas pasaban ante sus ojos contorneadas de iris ó de fosforescencias temblonas, más de una vez creyó percibir una visión cruel, creyó ver á Lita en cuerpo y alma; pero no su Lita, otra muy diversa y diferente en cada aparición: unas veces de sombrero, otras de chulesco pañolón, otras de parduzco mantoncillo,

según los varios vientos de su voltaria fortuna, y bajando siempre escalones de infamia.

¿Era aquello posible? ¿Acertaban los officiosos noticieros que le contaban los crecientes escándalos de la hija de perdición? Don Juan prefería no creerlo ú olvidarlo todo. La muerte de Dora, la infamia de Lita, la mortal agonía de Concha, la miseria en que ella y él se arrastraban famélicos, desnudos de ropa y de carnes, esqueletados, espectrales, ¡qué importaban! ¿Eran reales siquiera? Todo, todo se borraba, esfumábase, se desvanecía y alejaba; quedábase allá en la otra orilla, en la de la realidad hostil, antipática, remota. Don Juan ya no pertenecía á ella; tenía un mundo de delicias para él solo.

X

Una noche de Carnaval, sin que él supiera explicarse cómo ni con quién, mecido siempre en el fantasmagórico oleaje de su borrachera de morfina, encontróse don Juan en pleno bullicio en plena Puerta del Sol, entre unos antiguos camaradas que le arrastraban hacia Fornos. El frío de la noche, ó una tregua en la acción del enervador veneno, abrieron una desgarradura en los delirios de don Juan; el telón de brumas corrido siempre ante sus ojos, clareábase trasluciendo

puntos luminosos, recuerdos, añoranzas, espectros de gentes y de sucesos que emergían de la marea lechosa. Don Juan sentía hondas reviviscencias de sí mismo, íntimos rubores de aquella decadencia en que había caído desde la altura de sus atavismos históricos; porque don Juan, morfinómano y decadentista, ya no era el don Juan de la leyenda, el seductor gallardo y caballeresco, el mito de audacia y rebeldía.

Con aquel resurgimiento de su yo embotado, casi abolido, resurgían también sus arrestos, sus memorias, sus penas, sus amores sumergidos en el sopor morboso que estancaba su vida. Don Juan —aquella pálida reviviscencia suya— quiso volver á ser don Juan por una noche, renunciar á la droga maldita que deprime y afemina, volver al vino que enciende y viriliza la sangre; volver al vino y al placer, ser hombre una noche más.

Y, mezclándose á la oleada de locura, entró en Fornos con las máscaras gritadoras, con los parásitos de café y los gozadores de oficio; ¡los suyos! Sentíase en su elemento, renacía. Sus viejos camaradas de placer, rumbosos siempre en público y apiadados de veras ante el misérrimo aspecto de don Juan, alardeaban de espléndidos con el espectro del amigo, haciéndole comer y beber demasiado. La animalidad atrofiada del morfinómano se desquitaba del largo ayuno. Don Juan, comiendo, bebiendo, riendo ya locamente, resurgía de sí mismo.

De pronto, el fulgor de un relámpago en su

retina, el frío de un puñal en su corazón. ¿Qué había pasado? ¿Era aquello posible?

En un grupo alborotador, escandaloso, de máscaras lupanarias y disolutos repulsivos, envuelta en la hopa roja de un capuchón de alquiler, desecho de orgías de colmado, sin careta, escotada y pintada como una *cocotte*, palmoteando y ondulando como una flamenca, provocativa, lúbrica, llegaba Lita con otras bacantes locas que, en plena saturnal, empalmaban el delirio del baile con el desenfreno de la *juerga*.

Don Juan, al ver á su hija en aquel grupo de abyección, sintió arder en su sangre la ira de toda una raza; el hombre, el caballero, el padre, revivieron en él; el honor, su religión atávica, sacudióle con ese impulso de héroe calderoniano que todo español lleva en el ápice del alma. ¡Yo la ahogo! Rugió en él la fuerza étnica que es racha pasional, rayo de acción; pero otro impulso instintivo le contuvo. ¡Matarla allí, con aquella púrpura de escarnio, y entre sus cómplices de vicio, era poner sello de infamia á su justicia, entregar al público ludibrio su nombre y hasta el cadáver de Lita, de su Lita idolatrada sobre todo y contra todo! ¡Lita! ¡Pensar que aquella perdida era su Lita!...

Una cosa dura, fría, glacial, como enorme témpano de hielo, derretíase en sus entrañas de hombre, de padre; una formidable ola de llanto rodaba por su alma... ¡Ansiaba llorar, abrazarla, matarla! ¡Decirse su padre y ahogarla en un abrazo de odio y de amor desesperado, sublime!

Pero... ¡allí! ¡Primero mil muertes! Don Juan llenó de Brandy un vaso—de los de agua—y lo apuró de un sorbo... Y así, desesperadamente, continuó bebiendo hasta caer de bruces sobre el mantel manchado de vino.

Tarde ya, es decir, temprano—casi amanecía—, cuando nadie se acordaba de él, en el postrer cóleo de la *juerga*, levantóse don Juan, y tambaleándose salió de Fornos y comenzó á bajar por la calle de Alcalá, cara á la Cibeles.

Ante la puerta primera de las Calatravas se detuvo; el hálito glacial de la madrugada de Marzo azotó su faz congestionada, sudorosa. De la hondonada de Recoletos y la Cibeles alzabase una niebla gris que azuleaba el naciente día; hacia la Puerta de Alcalá, el cielo mostraba, entre nubes pizarrosas, desgarraduras sangrientas. La calle estaba sola, los serenos se retiraban entonces; una solemnidad imponente, como de conciencia que despierta, envolvía á la metrópoli, dormida bajo el velo frío del amanecer... A lo menos, esto le pareció á don Juan.

Montones de serpentinas y *confettis* enlodados manchaban la calle con el detritus multicolor, fangoso y pisado que deja el Carnaval. *Sic transit gloria mundi!*, parecían decirle á don Juan aquellas barreduras de placer. «Así, en el fango acaba todo...; ¡hasta Lita!», pensó don Juan, ó le sintió con un sacudimiento brutal de todo su ser.

Y el frío de la luz y del aire, y la quietud solemne del amanecer, y el desamparo de su vida,

el malogramiento de todo su existir y de todos sus cariños, el fruto de sus locuras: Dora muerta, Lita prostituída, su mujer en la miseria; la esencia de todos sus dolores, la síntesis de su malgastado vivir, la sensación de un dolor eterno y un desamparo infinito lleó su conciencia, abrió los ojos como en un supremo despertar, miró al horizonte como con reproche desesperado, miró á la cerrada puerta de la iglesia como en evocación mística..., palpó sus ropas, asió del revólver, que en su costumbre de trasnochador nunca olvidaba; apoyó en la sien derecha el cañón frío y disparó.

.....
Salían de Fornos los jueguistas en abigarra-do grupo, que á la cárdena luz del amanecer tomaba tintes repulsivos en las ropas ajadas, manchadas y en desorden, y en las caras insomnes y desencajadas, como maceradas por la orgía, cuando ya ante la puerta de las Calatravas formaban corro varias personas: una trapera, un mozo de cuerda y dos ó tres *golfos* descalzos, arrecidos, y con caras de curiosidad entre espantada y maligna.

Lita, como don Juan, sintió al salir al aire libre la bofetada glacial que llama á la realidad, el influjo solemne del amanecer, y su fisiología joven reaccionó aún más violentamente que la de su padre. En aquel violento reaccionar la sorprendió la visión horriblé. Primero fué un grito estridente de sus compañeras horrorizadas...; después la espantosa evidencia. Su padre, baña-

do en sangre, con la sien agujereada, la cara lívida, la cabeza desmelenada y sangrienta contra el escalón de piedra de la puerta de las Calatruvas... ¿Qué pasó entonces dentro de aquel desquiciado organismo, dentro de aquella penumbrosa conciencia?

Lita contempló un momento el cadáver con ojos turbios y extraviados, como de embriaguez y de locura; sus músculos faciales esbozaron una mueca espantosa: los trágicos perfiles del histerismo, de la epilepsia, de la demencia. Un aullido salvaje salió de su garganta; sus labios rezumaron espuma, como los de los epilépticos; su cuerpo todo se agitó sacudido por convulsión violenta. El grupo de juerguistas y la hez callejera acudieron á sujetarla.

En aquella nerviosa criatura, sorprendida en la depresión del insomnio, del alcohol, de la orgía, la bárbara emoción provocaba extrema crisis; diríase que sobre la bestia exhausta sacudía el dolor su azote de rayos, y en ella hincaba el remordimiento sus garras de tigre, y el instinto su aguijón penetrante; y la bestia vibraba enloquecida, sacudíase convulsa, bramaba, rugía, espumajeaba, retorcíase enroscando el cuerpo en curvas catalépticas y arrancándose á pedazos el rojo capuchón, sangrienta ironía, que flotaba en desgarrados jirones sobre el cuerpo convulso de la hija de don Juan.

El grupo de trasnochadores crapulosos y de madrugadores misérrimos ó abyectos crecía en torno al cadáver del suicida y á la máscara con-

vulsionaria, aumentando el horror de la tragedia callejera.

Sus compañeras de escándalo, con la blandura de corazón proverbial en hembras tan dadvivas de sí mismas, fraternalmente recogieron á Lita entre sus brazos y la transportaron á un trasnochado *simón* hediondo, harto de trasegar miserias fisiológicas, que, con temblaqueo de vidrios y ferrallas, rodó torpemente, llevando aquella misera carne de pecado hacia los pudrideros del vicio.

En ellos cayó tan hondo y tan sin remordimiento ni dolor la hija del suicida, como si en el vino y en el llanto de aquel trágico amanecer hubiese ahogado cuanto le quedaba de alma.

Y como ya no hay donjuanes, y al donjuanismo sucede algo más decadente y perverso, en Lita acabó la estirpe de don Juan.